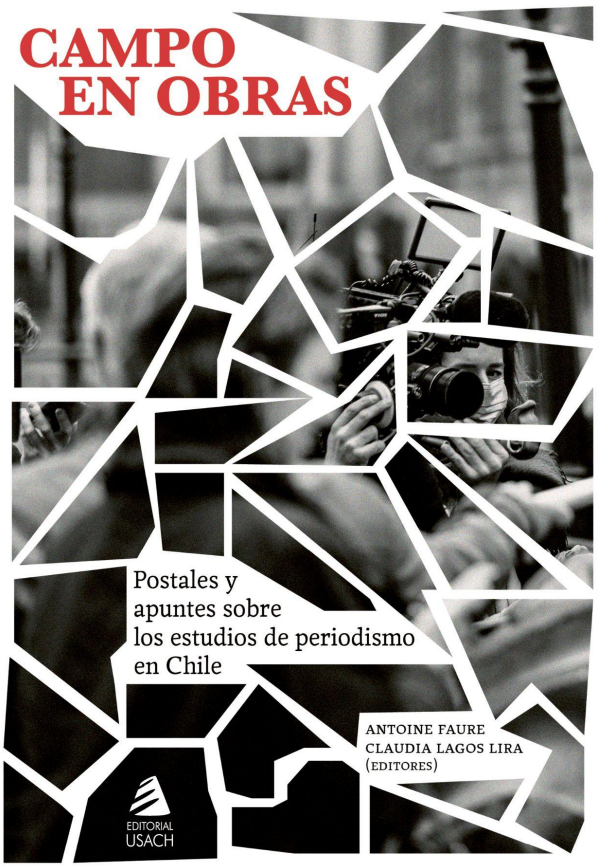

Campo en obras. Postales y apuntes sobre los estudios de periodismo en Chile

Varios autores. Edición de Antoine Faure y Claudia Lagos Lira

2023, Editorial USACh

INTRODUCCIÓN
Antoine Faure y Claudia Lagos Lira

Decir que el periodismo está en crisis o en cambio constante es ya un lugar común, hasta conservador. Distintos autores llevan más de una década llamando la atención sobre aquello (Paschal Preston, 2009; Silvio Waisbord, 2013; Bob Franklin, 2014; María José Pérez-Serrano, 2021) y otros han advertido sobre "el discurso de la crisis" que permite enmascarar, por ejemplo, la reestructuración del campo bajo lógicas comerciales (Jinna Tay y Graeme Turner, 2010; Doreen Massey, 2013; Jennifer Ashley, 2019). La reiteración del discurso sobre el periodismo en crisis es, también, una forma de homogeneizar el campo, invisibilizando las particularidades en el diálogo/tensión de las dimensiones glocales (Bruce Mutsvairo et al., 2021) y la necesidad de descolonizarlo (Martín Oller y María Cruz Tornay, 2020). Es más: el periodismo, y cómo lo definimos y concebimos, es un concepto y un conjunto de prácticas y artefactos culturales,

profesionales, que se encuentran en (re)definición y (re)etiquetado permanente, con particular atención de acuerdo a las diferencias según los soportes (televisión, radio, multimedia…); según los propósitos del periodismo, se ha intentado diferenciar el tipo de periodismo según las áreas sociales que aborda (política, economía, cultura…) y según las audiencias a las cuales se orienta (populares, elitistas o educadas, según rangos etáreos o géneros distintos…) (Wiebke Loosen et al., 2020).

Los periodistas, además, enfrentan una doble vulnerabilidad: a nivel global y en Chile, con sus matices, se volvieron blancos de agresiones y espionaje, así como también han visto mermada su credibilidad y se ha debilitado su autoridad epistémica; es decir, la exclusividad en la producción noticiosa e informativa. En el primer caso, por ejemplo, un reporte de LaBot.cl (Juan Cristóbal Peña, 2020) documentó numerosas agresiones motivadas por registros fotográficos y audiovisuales: 85 casos (de un total de 1.288 querellas criminales analizadas) asociados a represalias por el acto de grabar con cámaras o celulares contra profesionales, aficionados y ciudadanos. La Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) manifestó su preocupación por los ataques a camarógrafos y periodistas, por parte de las fuerzas de seguridad, durante la cobertura de las protestas callejeras tras la revuelta de octubre de 2019 (OAS, 2020). Se ha demostrado que los servicios de inteligencia de la policía y del Ejército espían ilegalmente a distintos actores sociales, entre los que se cuentan algunos reporteros y fotógrafos en la mira de ambas instituciones (Lissette Fossa, 2019; Josefa Montes, 2020; Nicolás Sepúlveda, 2021).

Los periodistas, también, han visto debilitada su autoridad epistémica o, dicho de otro modo, el rol exclusivo que ejercían como mediadores en la producción y circulación de información. La pérdida de credibilidad de la ciudadanía en el oficio es parte de dicho fenómeno. En la última década, distintos estudios —encuestas o de carácter cualitativo— han registrado la cada vez menor credibilidad en los medios chilenos, en general, y en los periodistas, en particular.

El estudio de opinión pública de Feedback de marzo de 2022, por ejemplo, indica que la televisión y los diarios impresos son los medios en los cuales los encuestados manifiestan confiar menos respecto a la información que entregan (12% y 25%, respectivamente). Por el contrario, poco más de la mitad de los encuestados señala que confían en la información que entrega la radio. Los informes internacionales del Reuters Institute (UK) también registran una

disminución sostenida en la confianza en los medios. Los periodistas, además, son percibidos como parte de la élite nacional (Nic Newman, 2021).

La progresiva precarización y liberalización de las condiciones formales en que se ejerce el periodismo han horadado también su autoridad y su credibilidad. En la última década los recortes presupuestarios, la disminución de los equipos, la polifuncionalidad exigida a los reporteros y trabajadores de medios y la fusión de las salas de redacción de varios medios de una misma compañía para generar "sinergias" —y disminuir costos— se han vuelto la norma. Distintos reportes documentan que más de 2.500 periodistas, editores y otros trabajadores de medios perdieron sus trabajos en apenas dos años (Claudia Lagos y Antoine Faure, 2019; Daniel Avendaño y César Solís, 2020; Polet Herrera, Patricio Aguilera y Maximiliano Echegoyen, 2020), se ha incrementado la presión por cumplir con métricas de productividad (visitas, tráfico) y la agresividad digital ha aumentado, particularmente orientada a mujeres periodistas (Daniela Grassau y William Porath, 2021). Los más de 40 programas de periodismo que se ofrecen en el país, con rango universitario, y que en 2022 ofrecieron más de 1.800 vacantes para el primer año, en todo el sistema, es un fenómeno que desvaloriza la certificación de profesionales que están ganando, en promedio, menos de un millón de pesos en salario (según estadísticas oficiales del Ministerio de Educación chileno).

La proliferación de distintos términos para mapear esta diversidad de periodismos también se explica por el crecimiento y especialización del campo de estudios. Esto incluye el surgimiento y consolidación de conferencias y grupos de estudio o de trabajo que operan al alero de estas, publicaciones académicas y gremiales especializadas, líneas de investigación en ciernes y/o consolidadas y un cuerpo especializado, certificado, que alimenta el campo. Esto ha sido un fenómeno sobre todo descrito en contextos distintos al latinoamericano (Franklin, 2014) y al chileno. A modo de ejemplo, revisando índices como WoS, Scopus y otros, identificamos 28 revistas académicas especializadas en periodismo. De ellas, sólo dos se publican en español (Estudios del Mensaje Periodístico y El Profesional de la Información) y una en portugués (Brazilian Journalism Research). En España, de hecho, es posible trazar un debate teórico, epistemológico y metodológico sobre lo que han denominado como "periodística", con autores y enfoques distinguibles, mapeables y que han alimentado la producción académica, así como la formación de pre y posgrado (Fernando López-Pan et al., 2020). Este no clausura un debate profundo sobre los fundamentos epistemológicos —y no sólo epistémicos— y disciplinares del periodismo; más aún, en plural: los periodismos.

Las tres principales organizaciones orientadas a los estudios de la comunicación en América Latina han contribuido a desarrollar los estudios de periodismo, con grados de especialización disímiles. La Asociación Latinoamericana de Investigadores en Comunicación (ALAIC), por ejemplo, cuenta con un Grupo de Trabajo (GT) de estudios sobre periodismo que ha sesionado regularmente en los congresos bianuales de la Asociación. Las otras dos son FELAFACS, que agrupa a las facultades de comunicación de la región, y el Centro Internacional de Estudios Superiores de Comunicación para América Latina (CIESPAL), que fue creado en los 1950 con el apoyo de la UNESCO, en Ecuador, con el propósito de profesionalizar el periodismo en la región. Las tres organizaciones, además, han contribuido al debate regional a través de sus revistas académicas.

La construcción de un espacio académico

En Chile, la estabilidad y diversidad de actores que nutren el campo de estudios de periodismo responden a una construcción nacional con relación a las dinámicas latinoamericanas e internacionales subrayadas hasta el momento. Por ejemplo, se notan las influencias mexicanas (Cecilia Cervantes, 1995; Mireya Márquez, 2006) o estadounidenses (Pamela J. Shoemaker y Stephen D. Reese, 1996; Nikki Usher, 2014). Aunque el campo de las publicaciones académicas en comunicación se ha ampliado relativamente, ninguna se dedica exclusivamente a los estudios de periodismo. A pesar de ser un campo profesional extenso y que tuvo un peak de crecimiento durante los 90, con una oferta de más de 60 programas universitarios (hoy, está en torno a los 40), ni el financiamiento (vía Fondecyt regular o de iniciación) ni las publicaciones académicas se han especializado, para delimitar con claridad el campo de investigación. En cuanto al financiamiento, el Concurso de Estudios sobre Pluralismo en el Sistema Informativo Nacional, ANID, ha contribuido, en parte, a la investigación en el campo de estudios de periodismo, aunque no está orientado explícita o exclusivamente a ello.

Como parte del proceso de imaginarnos, producir y editar este volumen, quisimos poner a disposición por primera vez en español uno de los primeros trabajos conocidos sobre estudios de periodismo en Chile bajo un enfoque sociológico. Se trata del artículo “Professionalism of Journalists in Santiago de Chile” (Darío Menanteau-Horta, 1967), publicado originalmente en Journalism Quarterly (hoy, Journalism & Mass Communication Quarterly). Menanteau-Horta, por entonces profesor de sociología en The University of

Minnesota, condujo la —hasta donde sabemos— primera encuesta a periodistas en ejercicio en Chile. Decía el autor: “no hay consenso si el periodismo es un arte, un oficio o una profesión (p. 715)”. El interés y desarrollo por la sociología de medios en Chile era muy reciente (Roy Carter y Orlando Sepúlveda, 1964) y el estudio del académico formado como periodista en la Universidad de Chile y sociólogo en la Pontificia Universidad Católica es prácticamente desconocido en Chile debido a que su obra ha sido publicada en inglés. El presente libro nos parecía una excelente oportunidad para divulgarlo entre las nuevas generaciones de investigadores y estudiantes de periodismo en el esfuerzo por contribuir a mapear el campo de estudios de periodismo en Chile.

Solicitamos autorización a la editorial (SAGE) de la cual depende la revista para traducir y publicar el trabajo. Dado que se trata de un artículo publicado hace más de medio siglo, de un académico chileno y sobre el periodismo en Chile, estábamos razonablemente optimistas en conseguir la autorización sin costo. Sin embargo, SAGE “accedía” a ofrecernos una rebaja en el costo de reproducción considerando que se trata de un libro de divulgación, orientado a audiencias hispanoparlantes y para enseñanza e investigación, principalmente en Chile y en la región, cuyo principal formato será digital. Debíamos pagar US$160 si queríamos traducir y publicar el trabajo de Menanteau-Horta.

Nos negamos. Se trata de un artículo de mediados del siglo xx, un trabajo de un chileno sobre el periodismo en Chile, desconocido para el campo, los estudiantes y los profesionales. Este libro no tiene fines de lucro, ni sus editores ni sus autores han recibido ni recibirán pago alguno por su trabajo, pues ha sido el resultado de la colaboración académica y del debate que iniciamos en el Congreso de INCOM de 2019.

La anécdota ilustra un debate que ya lleva un tiempo en el campo internacional de estudios sobre comunicación, respecto a los desbalances tanto en la producción como en la circulación y acceso del conocimiento, en general, y del trabajo sobre comunicación, en particular, del cual los estudios de periodismo forman parte (Lisa Calvente et al., 2020; Paula Chakravartty et al., 2018; Angharad Valdivia, 2021). Las desigualdades desproporcionadas en el campo en cuanto a enfoques teóricos, epistemológicos y lugares de producción, un campo internacional relativamente homogéneo en términos de género y raza, justifican nuestro propósito de contribuir a reflexionar situada y contextualizadamente sobre cómo podemos definir el periodismo en el siglo xxi, por qué es relevante (seguir) interrogando este oficio, arte o profesión, cómo se articula y tensiona

con otros campos adyacentes y cuál es su lugar en la formación profesional y universitaria.

Si bien el artículo de Menanteau pertenece a los primeros estudios sociológicos de la comunicación, la opinión pública y el periodismo en Chile, ya existía una proto-investigación de los medios en el país cuando se publicó. Se trata de una prehistoria en el sentido de que las técnicas de investigación no son ni maduras ni profesionales, pero entrega materia e información, fundamental cuantitativa, sobre la prensa desde la lógica del archivo y el inventario. Desde la segunda mitad del siglo xix se habían publicado varios registros (Ramón Briseño, 1886), cuyos objetivos taxonómicos remiten más bien a catalogar las publicaciones periódicas y clasificarlas según distintos indicadores (título, propietario/s, año de inicio, lugar de publicación, cantidad de página, etc.). Así, todo un conjunto de documentos, generalmente llevando el nombre de "bibliografía", empieza implícitamente a caracterizar el periodismo como aquello que se hace en los periódicos (Nicolás Anrique y Reyes, 1904; Guillermo Feliú Cruz, 1952; Luis Montt, 1918; Roberto Vilches, 1942) y establecer relaciones internas y externas entre estas publicaciones periódicas al organizar y jerarquizar series de "eventos" (según la lógica de la "puesta en tabla", diría Michel Foucault, 1966).

Otro trabajo de este período remite a la biografía, lo que destaca figuras e invisibiliza otras (particularmente a las mujeres editoras o autoras; ver Claudia Montero, 2016) y ciertas publicaciones (Ricardo Donoso, 1927; Pedro Pablo Figueroa, 1886; José Peláez y Tapia, 1927; Francisco Santana, 1938; Carlos Silva Vildósola, 1938; Raúl Silva Castro, 1956; Raúl Téllez Yáñez, 1945; Alfonso Valdebenito, 1956; José Vicuña, 1903). Se informa y describe —muchas veces de manera muy detallada— las transformaciones de algunos periódicos, con una clara concentración en el diario que todavía se reconoce como el más antiguo aún en circulación del subcontinente, El Mercurio (creado en 1827). Si bien esta información necesita matices y cierta distancia, dado que es producida por periodistas empleados por la misma empresa en clave de testimonio, muchas veces con el afán de legitimar la representación de un campo profesional autónomo y sus formaciones universitarias, entrega valiosos datos para los especialistas en prensa y periodismo en Chile.

A partir de los años 1960 y 1970, en un contexto de polarización política progresiva y dentro de los debates sobre la dependencia del país en términos económicos y culturales, no se interroga directamente al periodismo en sí, sino a la ideología de los medios de comunicación. Este enfoque ocupa metodologías

provenientes de las ciencias sociales y la lingüística, que son más conscientes de sí mismas. Remite a una época de incipiente profesionalización e institucionalización de la investigación en comunicaciones, que articula, entre otras disciplinas, la economía política del sistema mediático (Elmo Catalán, 1970; Ricardo Lagos Escobar, 1962), la semiología estructural (Armand Mattelart, Michele Mattelart y Mabel Piccini, 1970) y la psicología (Claudio Durán, 1995, 1974). Se centra en aquello que esconde el mensaje y sus estructuras y cómo incide en las relaciones de dominación social y cultural, en relación directa con el proceso político, por ejemplo, en un centro como el Centro de Estudios de la Realidad Nacional (Carla Rivera, 2008). Si bien el enfoque sigue sufriendo un fuerte mediacentrismo, profundiza la apertura de la caja negra de los textos periodísticos sin restringirse a un estudio a nivel de las organizaciones mediáticas.

Esta tradición, que se aproxima al problema del periodismo a través de los contenidos, sigue vigente (Patricio Dooner, 1989). Sin embargo, se diversifican poco a poco los enfoques al incorporar la perspectiva de los estudios culturales cuyo propósito es identificar los entramados culturales que generan la producción, la circulación y la apropiación de la prensa. Guillermo Sunkel, por ejemplo, entregó un texto imprescindible para comprender el periodismo en Chile, que aborda las matrices subyacentes a la prensa chilena de la primera mitad del siglo xx, que distingue entre “racional-iluminista” (la prensa seria, para decirlo demasiado rápidamente) y “simbólico-dramática” (la prensa sensacionalista, cuya concepción del mundo es binaria). Todavía no se cuestiona el periodismo, pero las técnicas de investigación consideran cada vez más componentes del periódico y su circulación.

El trabajo de Sunkel es publicado en México por el Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales (ILET). En esta etapa, las redes internacionales, el financiamiento externo y la articulación con las ONG dinamizaban el enfoque cultural sobre los medios y las lógicas comunicacionales, en pleno régimen autoritario. Centros de estudio como ILET (donde también investigaba el chileno Fernando Reyes Matta; ver Altamirano, 2020), CENECA (donde se va la fuerte y propositiva inserción de investigadoras como María Elena Hermosilla, María de la Luz Hurtado, Giselle Munizaga y Anny Rivera, además de figuras masculinas como Carlos Catalán, Valerio Fuenzalida, Bernardo Subercaseaux, entre otros), SUR (que editaba la revista Proposiciones) o ECO, contribuyeron de manera indirecta a problematizar la producción y difusión de la información pública. Además se vinculaban a iniciativas periodísticas, así como varias universidades y

organizaciones sociales, como las revistas APSI, Análisis, Hoy y Cauce donde circularon estos “saberes y sus autores” (Cristina Moyano Barahona, 2016).

La pregunta por la profesión reaparece en los mismos años con el programa de investigación de corte histórico que plantea Eduardo Santa Cruz en su Análisis histórico del periodismo chileno (1988). Paulatinamente, el proceso de producción de las noticias, los valores y las normas que implica, se vuelven el objeto de estudio de esta tradición y consolida los estudios de periodismo en Chile. En otras palabras, se comienza a analizar cómo se producen las notas publicadas en los periódicos de distintos formatos y frecuencia y se proyectan representaciones teóricas sobre dicha producción y sus efectos sociales, culturales y políticos; es decir, como proceso de construcción de la realidad social. Paulo Ramírez (1995), por ejemplo, interroga lo que concibe como rutinas en relación con la transición a la democracia; Claudio Salinas y Hans Stange (2015) plantean la racionalidad burocrática de estas rutinas; María José Lecaros y Francisca Greene (2006) o Ewa Sapiezynska se interesan por las presiones que reciben los profesionales; Claudia Mellado (2011) critica la entrada por la profesión y distingue analíticamente roles periodísticos y su performatividad.

La historia, como disciplina, también entregó varias claves de lectura que han aportado a este debate sobre las estrategias periodísticas de cada proyecto (Eduardo Santa Cruz, 2014), la modernización de la profesión (Carlos Ossandón y E. Santa Cruz, 2000), la circulación e importación de ideas y lógicas periodísticas (Patricio Bernedo y Eduardo Arriagada, 2006), los medios como aparato de propaganda (Alfonso Salgado, 2020), los usos políticos de la objetividad periodística durante el régimen autoritario (Carla Rivera, 2008) o las transformaciones políticas del actuar periodístico (Cristina Moyano y C. Rivera, 2021).

Si buscamos en el corpus de trabajos que ha ido constituyéndose en cada uno de los ocho congresos de la Asociación chilena de investigadores en (INCOM), ha habido espacio para uno o más paneles bajo la etiqueta de “estudios de periodismo”. Pero también hay trabajos individuales que abordan el rol del periodismo en distintos contextos o frente a diversos fenómenos (la pandemia, la revuelta social, la diversidad de género, los conflictos socioambientales) y que quedan agrupados bajo paraguas temáticos o teóricos distintos a aquellos considerados propios de los estudios de periodismo.

En el caso de los circuitos y organizaciones más profesionales en el campo, desde fines de los 90, periodistas a lo largo y ancho de Latinoamérica comenzaron a crear o asociarse a redes locales, regionales o globales orientadas a fortalecer las capacidades profesionales individuales, así como también las prácticas de las organizaciones mediáticas, con particular interés en la capacidad investigativa. Aunque los reporteros y editores chilenos han participado de estos flujos e influencias de iniciativas colectivas de aprendizaje y colaboración, parecen esfuerzos menos institucionalizados si los comparamos con otras experiencias de la región, como ha sido el caso de Argentina, Colombia o Brasil. Aun así, en términos investigativos, y a excepción de México, Brasil y Argentina, los problemas que plantean los estudios de periodismos en Chile muestran una relativa mayor complejidad que lo que se advierte en países como Perú, Bolivia, Ecuador, Venezuela, Paraguay o Uruguay, al hacer un rápido barrido de las preguntas que están en debates en esta literatura especializada en cada país. Igualmente, algunos periodistas chilenos han sido parte de los esfuerzos por constituir una comunidad de aprendizaje para compartir buenas prácticas, mejorar los estándares de investigación periodística y difundir casos exitosos.

El escenario para los estudios sobre periodismo en Chile, en esta segunda década del siglo xxi, muestra más y mejores andamiajes, un elenco más poblado y también relativamente más estable. En síntesis, un campo en progresiva complejización. Este libro forma parte de esos esfuerzos. En efecto, este volumen es sobre cómo se ha estudiado el periodismo, pero en ese esfuerzo de hacer inteligible un campo híbrido y en tensión obliga a desnaturalizar las definiciones canónicas sobre los periodismo(s) (así, en plural) y su vigencia en el siglo xxi, cómo y quiénes lo definen; qué, cómo y para qué enseñarlo (a nivel universitario o en redes y comunidades de aprendizaje y colaboración).

Lo comprendemos, también, como una profesión que reclama autoridad sobre un cierto campo de conocimientos (la producción noticiosa) y que está en relación y tensión con otros campos y prácticas adyacentes. Somos conscientes de que decir qué (y qué no) es el periodismo, también, constituye una práctica de poder y coerción (Robert Gutsche y Kristy Hess, 2018). Es necesario reflexionar permanentemente sobre el periodismo, sobre cómo y por qué estudiarlo, de manera situada y contextualizadamente.

Desafíos: (re)configurar, incluir, prescribir y proyectar

El presente volumen tiene sus orígenes a fines de 2019, cuando organizamos el panel "Imaginando futuros para el periodismo en Chile", agendado para el VII Congreso INCOM, a realizarse en noviembre de ese año en la Escuela de Periodismo de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso (PUCV). La revuelta social de octubre de ese año y la consecuente suspensión o intermitencia de una serie de actividades cotidianas, incluída la operación de muchos campus universitarios a lo largo de Chile, como el de la PUCV, obligó a postergar el congreso por la revuelta y, luego, por la pandemia del COVID-19 y los confinamientos y restricciones de desplazamientos impuestas en Chile a partir de marzo de 2020. Finalmente, el VII Congreso de INCOM se realizó en noviembre de 2020, de manera remota, online.

El panel se organizó en dos mesas: "Entre rutinas y experimentaciones: cambios en las prácticas periodísticas" y "Un campo periodístico en redefinición: ¿profesionales de la veracidad?". Las preguntas planteadas en la convocatoria tenían que ver con: ¿qué técnicas están reconfigurando las prácticas profesionales? ¿Cómo se están transformando los formatos de la producción noticiosa? ¿Qué tipo de organización(es) adoptarán las salas de redacción? ¿Qué lugar ocuparán los periodistas en las empresas mediáticas ante la pérdida de su poder de intermediación? En definitiva, ¿cómo visualizamos el futuro de los periodistas hoy en ejercicio y a aquellos que se encuentran hoy en formación? Buscábamos —y seguimos buscando en este libro— cuestionar y comprender las mutaciones de las presiones que enfrentan los periodistas (Herbert Gans, 1980), la idea de inmediatez periodística (Nikki Usher, 2014), la cambiante relación con las fuentes y las audiencias (Pablo Boczkowski, 2010), entre muchos otros cambios, desafían las prácticas institucionalizadas e internalizadas de selección y jerarquización de las noticias que han dominado históricamente su proceso de producción.

La segunda mesa se refería más bien al análisis de la cultura periodística chilena. ¿Cómo la comunidad profesional vive la integración de nuevos oficios en las salas de redacción (editores web, community managers o programadores, por ejemplo) o su asimilación (bloggers, por ejemplo)? ¿Cuáles son las competencias valoradas y las que se revelan inadecuadas? ¿Cómo estamos enseñando periodismo en las universidades y cómo debemos ajustar dicha formación? ¿Cómo definimos, individual y colectivamente, el periodismo y el periodista hoy día? ¿En qué consiste la responsabilidad periodística? ¿Cuál(es) es(son) el(los) imaginario(s) asociado(s) a los devenires de la profesión?

Nuestra propuesta epistemológica y metodológica para abordar estos asuntos, tanto en el panel como en este volumen que es deudor de esa reflexión, es interdisciplinaria. Se trata de desafiar el conocimiento sobre qué es "EL" periodismo, como ideología ocupacional, cultura profesional y estructura organizacional, y distinguir entre continuidades y transformaciones. Reconocemos la diversidad teórica y metodológica de la comunidad a la que pertenecemos. El objetivo del conjunto de textos que acá les presentamos es enriquecer y complejizar el debate. En ese sentido, se incluyen enfoques propios de las ciencias de la información y la comunicación, así como de la sociología, la ciencia política o la historia. Metodológicamente, se consideran estrategias cualitativas y cuantitativas. Esta articulación es decisiva para incentivar la reflexividad sobre los problemas planteados, así como también explorar transformaciones, convergencias y divergencias en el campo de los estudios de periodismo en Chile.

El camino desde la idea original del panel que derivó en este libro ha tenido altibajos en el proceso de su producción durante la pandemia. Por distintas razones, no todos quienes participaron en los paneles se sumaron a este proceso de escritura y ensayo, así como no todos los que acá firman, participaron en su momento de las mesas en el Congreso INCOM. Unos y otros, sin embargo, son actores relevantes en el campo de estudios de periodismo en Chile. Pero no son, tampoco, los únicos. Esta lectura sobre cómo se ha configurado el campo de estudios sobre periodismo en Chile no es la única ni está cerrada. Es apenas un trabajo en curso. Por el contrario, es un ensayo que tiene entradas y salidas. En efecto, el presente volumen es una propuesta —no exhaustiva ni menos definitiva—, que se propone contribuir al debate reflexivo y situado sobre los estudios de periodismo, a que sea utilizado como material de referencia tanto para la investigación como para la formación de pre y posgrado en el área y que pueda ser también discutida y, con ello, crezca.

El libro se organiza en torno a cuatro verbos, que denotan acciones y que recalcan los desafíos actuales y futuros del periodismo, en general, y de los estudios de periodismo en Chile, en particular. Estos verbos son, a la vez, proyecciones tanto para los practicantes y las organizaciones vinculadas a la producción noticiosa como para estudiantes e investigadores, e implican también nudos problemáticos construidos por el campo de estudios en torno al periodismo considerando desde la construcción de sus objetos, los marcos teóricos y epistemológicos hasta los diseños metodológicos.

Un primer desafío consiste en (re)configurar el campo. Poner en la mesa l'enjeu de la autonomía y de la morfología del espacio social propio del periodismo y sus fronteras, adoptando un enfoque dinámico. Esta perspectiva se concentra en las circulaciones y las relaciones que se construyen entre periodistas y medios, incluso en los debates sociales en torno al rol del periodismo en la sociedad chilena contemporánea.

Un segundo desafío se dibuja en torno a incluir. Al visibilizar las dinámicas de inclusión/exclusión de ciertos grupos y voces según sus características (las mujeres y los periodistas digitales, por ejemplo, en este volumen), se interrogan y tensionan, también, los límites de la profesión, la administración de dichos límites y las transformaciones e hibridaciones de estos. Este desafío se revela tanto en una perspectiva de largo alcance en la historia de la invisibilización de las periodistas como en el momento presente de la digitalización de la información y del trabajo de producción noticiosa, a partir de un enfoque etnográfico. Este eje resuena con los estudios, reportes y activismo que cuestionan desde hace ya unos años la composición de las salas de redacción y su impacto sobre la producción de noticias y del pluralismo externo.

Un tercer desafío se teje en torno al verbo prescribir. Al observar ciertas carencias o vacíos que cuestionan tanto la docencia en el proceso de formación de periodistas como el ejercicio mismo de la profesión, se contrasta la cultura, los imaginarios, los saberes y las prácticas periodísticas. Este esfuerzo apunta, también, a trabajos que prescriben ciertos valores y normas que la investigación vigila cautelosamente en relación al problema del pluralismo. Cuestionan al periodismo y su formación considerando los derechos, los deberes y responsabilidades de quienes lo practican, a un nivel individual, como al campo profesional en su conjunto.

El cuarto desafío que dibuja el campo chileno de estudios de periodismo reside en proyectar transformaciones. Se teoriza sobre la manera en la que las y los practicantes articulan distintos y nuevos roles. Se trazan líneas respecto de la formación en periodismo y comunicación social, específicamente sobre la elaboración de los proyectos universitarios y los imaginarios sobre los cuales estos trabajan. Se examinan, crítica y radicalmente —es decir, de raíz—, las (dis) continuidades de lo que se etiqueta actualmente como transformaciones.

O, en otras palabras, lo que está en juego es, precisamente, el concepto mismo de profesión. Este libro muestra, en su arquitectura misma, que las preguntas

acerca de la profesión, la profesionalidad o la profesionalización se han visto desplazadas.

El asunto se formula de distintas formas. Se sondean las dinámicas y tensiones que trabajan la autonomía del campo periodístico, al cuestionar la "autoridad periodística" (Ximena Orchard y Santiago Correa) y cartografiar las relaciones y circulaciones entre las posiciones que configuran el espacio periodístico y sus estrategias de valoración en tanto campo (René Jara). Se visibilizan asimetrías propias de las relaciones profesionales y los filtros que instala para controlar su espacio de producción, ya sea la historia de las periodistas (Ángela Álvarez y Claudia Montero) o las resistencias al reconocimiento de los periodistas digitales e incluso su invisibilización (Tomás Dodds). Se evalúa, incluso, la posibilidad de seguir definiendo al periodismo como profesión, al explorar los imaginarios sobre el ejercicio y la formación en periodismo (Daniela Lazcano), identificar las insuficiencias normativas en la formación universitaria sobre la noticia y los valores noticiosos (Enrique Ñúñez, Carlos Montenegro y Francisco Fernández) o los niveles de influencia sobre la producción de noticias en contextos de catástrofes naturales, una situación recurrente más que excepcional en el caso chileno (Magdalena Saldaña). Se propone, finalmente, cambiar el foco para proponer otras claves de comprensión, como los roles y la performance periodística (Claudia Mellado) o la arqueología de este oficio, profesión, artefacto cultural y práctica que es el periodismo (Claudio Salinas y Hans Stange).

En esta línea, también se realizaron dos entrevistas que buscan articular estas perspectivas con una reflexión sobre el pasado de los estudios chilenos de periodismo y de la formación universitaria a la profesión y sobre la proyección de un futuro ante el escenario de crisis e incertidumbres en el que nos encontramos. En el caso del primero, el académico Eduardo Santa Cruz aporta luces desde su trayectoria de investigación en el campo. En el segundo, la periodista de investigación Carolina Fuentes propone pistas tanto en términos económicos como prácticos. De nuevo, en el centro de estas dos entrevistas está el problema de la "profesión" y su devenir.

Estos ejes tienen también la ventaja de proponer aproximaciones plurales, desde marcos teóricos y diseños metodológicos distintos, opuestos o complementarios. El foco alterna entre enfoques macro, otros mesos y algunos microsociológicos. Así, este libro ofrece una entrada multidisciplinar, al yuxtaponer capítulos deudores de la tradición en comunicación; otros, en la línea de la sociología, una aproximación etnográfica y dos capítulos cuyo

enfoque es histórico. Otra entrada a través de la cual podríamos abrir este libro es la transdisciplina, considerando textos que articulan distintas disciplinas propias de las ciencias sociales o también bajo el enfoque de las humanidades. Una tercera vía de entrada es interdisciplinar, en el entendido de que la obra propone objetos de investigación generados al articular enfoques y conceptos provenientes de distintas tradiciones y disciplinas. Se consignan investigaciones basadas en métodos cualitativos, cuantitativos y mixtos; alternan capítulos teóricos y textos más empíricos, ensayos, narrativas históricas y textos que siguen, más bien, el formato de artículo de presentación de resultados.

En las próximas páginas navegamos a través de muchos —distintos— periodismos. Parecerían guardar un denominador común. También son ecuaciones distintas, conjeturas, una suerte de mapeo que transforma el espacio de los estudios de periodismo. Obviamente esta proyección no es matemática ni vectorial. No conocemos todavía la forma y el espacio de los estudios de periodismo para el futuro en Chile, pero sí podemos plantear desafíos e incertidumbres en estos períodos de crisis profesional y democrática. Es, sin duda, el gran desafío de este libro: proyectar un devenir sin caer en dogmas, afirmaciones taxativas ni en el determinismo. Esperamos lograrlo para aportar a los estudios de periodismo en Chile, ayudar a las y los estudiantes en su formación universitaria en periodismo y comunicación social, así como para los debates en el campo de las comunicaciones, en general, y del periodismo y los medios, en particular.